

PRESENTACIÓN DEL PROGRAMA 1992

«Dime cómo hablas y te diré dónde y cómo tengo que clasificarte» no es sólo un recurso literario, académicamente útil/políticamente necesario. El lenguaje —los lenguajes— siguen siendo vehículos de transmisión —es cierto— al tiempo que pantallas de identificación. También es cierto.

Pero a uno terminan por llamarle por su nombre —reclusión/anonimato rentable— siendo localizado, en consecuencia, desde posiciones de poder: se ofertan/se imponen —y hasta se trafica con— modelos (pretendidamente) óptimos de equilibrio, estructuras de interacción e intercambio que implican forzar gustos, reconvertir tendencias, re-invertir posiciones y compromisos.

Es decir, a uno se le condena a ser un ciudadano de/en un determinado —siempre en revisión— espacio político-cultural en el que —y sin el que— a cualquiera se le permite pronunciar —y hacerse reconocer por— su propio nombre: saber quién se estima que sea y qué cotización, en consonancia, le corresponde. Aunque, lamentablemente, para ello no siempre valga estar/saberse informado, por más que recurramos a un fácil producto de consumo: la apresurada (sobre) lectura —ávida, mañana tras mañana— de los medios (de información) escritos.

Termina uno, en consecuencia, localizándose a sí mismo desde las mismas posiciones de poder cayendo en la trampa: la (auto) ficción que nos lleva a considerar bueno y útil sólo aquello que fácil y rápidamente se genera/consume/re-convierte.

Es necesario, pues, aprender a hablar correctamente, hacer innecesaria la acción externa de los agentes. El usuario óptimo —el legítimo usuario— es el que sabe jugar con el discurso, diseñando a capricho modelos reconvertidos. Pero no cualquiera

puede asumir/correr ese riesgo. Los agentes normalizadores necesitan una doble acreditación: estatal y social. Si es que se persigue «normalizar a través de los discursos».

El ab.uso del lenguaje se traduce en uso-no-reglado: hablar más allá de las convenciones vigentes. Y conviene, eso sí, que los discursos díscolos —la disidencia controlada— sean sólo aquellos que desde el poder —político, económico, mágico-religioso...— se toleren.

Hablar a su manera, burlar los códigos más allá de esa interesada estética del decir es ciertamente un reto: lo asumen atrevidos ciudadanos que se sitúan conscientes/amenazantes en el margen. Bueno es, por ello, que los locos reivindiquen su status, que abunden los poetas, aunque se les lea tan poco: la palabra militante/reiteradamente díscola crea adicción y le hace a uno cómplice de/en lo heterodoxo, la cotidianidad no reglada/jamás reglable.

Y mejor aún, conviene que con el policía que dicen llevamos dentro no matemos por contagio al poeta y al loco que con él conviven. Peor sería que forcemos la proliferación de enfermos y de presos. Aunque —paradójica reconversión del mal— su discurso sea tan lúcido y dudosamente interesado.

Preocuparse por la adecuación palabra-cosa, teoría-realidad, discurso-vida es, ciertamente, una pasión inútil. Las pasiones —más allá de Sartre, más allá de uno mismo— tienen también su tiempo. Y ahora no es tiempo de recordar a Platón, ni a Schopenhauer-Nietzsche, ni siquiera a mi extemporáneo y amado amigo Michel Foucault. Como también parece que ya ha pasado el tiempo de remitirse a Marx.

Tiempos los nuestros de penuria, tiempos de soledades, la historia termina vengándose de esas efímeras modas obligándonos a seguir citando a Marx, sin hacerlo explícitamente, como a diario —desde el Arcipreste de Hita— citamos sin saberlo a Aristóteles, sin que nadie al hablar se percate de ello.

ROMÁN REYES
DIRECTOR

EL LENGUAJE COLOQUIAL Y LENGUAJE FORMAL

JOSÉ L. LÓPEZ ARANGUREN
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

El lenguaje coloquial, antes que lenguaje de cada día sobre cosas asimismo cotidianas y muchas veces triviales, es un modo de hablar sencillo y, en principio, al alcance de todos, sobre temas que pueden ser ciertamente cotidianos, pero también trascendentes. Es como la lengua que todos entendemos, español, y no inglés ni francés, en España. Y es, sobre todo, *tono coloquial*, *habla viva* y no conferencia, libro o «lección magistral». Esta última, pese a la etimología de la palabra «conferencia» —de «conferir», cotejar o comparar— es siempre compuesta de antemano, es siempre, se lea o no, *lecture*, «lectura», como se denomina en inglés, es decir texto compacto, sin fisuras, espacios abiertos, huecos por donde entrar en él. Un escrito es siempre, claro está, para ser leído. Y leer es, desde el principio, entender lo que quieren decir las palabras escritas que en el *lenguaje formal* suelen ser arte de la jerga filosófica, teológica o científica.

Existe también la formalidad poética, el texto con ritmo y rima (consonante o asonante) y un lenguaje simbólico o metafórico. La construcción del verso es una tarea formal por más que hoy se haga muchas veces «verso libre» y que una *poesía popular* puede en ocasiones llegar a la gente con más fuerza y prontitud que la prosa fácilmente inteligible. Pero en cualquier caso, el lenguaje poético posee siempre su propia formalidad.

Por el contrario, en el lenguaje coloquial el habla se va haciendo a medida que transcurre. Es un lenguaje, por directamente hablado, inmediatamente creativo. Después, si interesa, podrá formalizarse, pero en sí no es formal sino *espontáneo*. En el lenguaje coloquial coinciden prácticamente *pensar y decir*, pensar y hablar.

Hablar el lenguaje coloquial en ciencia parece punto menos que imposible. La ciencia es *lenguaje científico*, es decir, formal. Hay que aprenderlo, por tanto, como se aprende un lenguaje extranjero, no sólo palabra por palabra, sino giro lingüístico por giro lingüístico. Hacer ciencia es construir un lenguaje científico, el que corresponda.

Ahora bien, el lenguaje científico en sentido estricto, así como los lenguajes filosófico y tecnológico, no se dirigen a todos sino solamente a los versados, a los que lo entienden, a los *letrados*. Naturalmente esos lenguajes pueden *enseñarse*, en lo cual consiste el oficio de los *educadores*, en la Universidad y, más concretamente, en sus *seminarios* y, en los seminarios eclesiásticos. Que muchos profesores no

lo entiendan así y se obstinen en enseñar directamente *desde los libros* o mediante las conferencias previamente escritas y leídas en lenguaje científico, es un grave error que muestra su incompetencia *profesoral*. El lenguaje profesoral sólo debe ser un punto de llegada, nunca de partida.

No abundan, por desgracia, los estudios de *habla* de los escritores, pero el profesor Ricardo Senabre ha estudiado perspicazmente las diferencias entre «Lengua coloquial y lengua literaria» en diversos autores, entre ellos en Ortega y Gasset. Pero nuestra autora es Teresa de Jesús, de habla viva aun cuando no vulgar, de plática, conversación, escritura improvisada, nada pretenciosamente escrita, informal, transposición del lenguaje hablado de la Castilla y la Avila de su tiempo y medio social, habla intuitiva, expresiva, afectiva, evocativa.

Habla, pensaba ella y así lo da a entender reiteradas veces, *femenina*, para mujeres que, siempre con insuficiencia de estudios, no pueden entenderse ni expresarse teológicamente, como los hombres letrados. Muchas veces, a lo largo de su obra, nos dice que su cultura no era de *letrado*, sino de *mujer*, y asimismo puntualiza que escribía principalmente para mujeres, las monjas de sus conventos de la reforma teresiana, mucho menos cultas que ella. Y así, de esta *necesidad* de hablar coloquialmente, como las mujeres, es de donde ella supo sacar *virtud*.

De ahí que su *grafía* corresponda a la *prosodia* usual en su medio social: *ilesia* por «iglesia», *monesterio* por «monasterio», *demoño* por «demonio», *an* y *unque* por «aún» y «aunque», etc. porque la lista sería interminable.

Por lo mismo se comprende que su lenguaje no fuera estrictamente *teológico* como el de San Juan de la Cruz y los otros Hermanos más estrechamente colaboradores de la Santa, tampoco *poético*, ni aun *simbólico*, o *místico*, como el de este poeta supremo de las letras castellanas, sino precisamente metafórico. Gusta, en efecto, de recurrir constantemente al uso de metáforas (y comparaciones y antítesis), que reitera una y otra vez. Así, aparte del «castillo» y sus «moradas», «el fuego» y el «agua» y sus propiedades ilustran sus decires una y otra vez, la «seda», las «abejas»; los «gusanos» y las «mariposas» comparecen frecuentemente, las potencias y los sentidos son considerados como los «vasallos del alma», la vida es, naturalmente, «camino» a la búsqueda del «tesoro escondido», pues la perfección hay que alcanzarla y no hay quien pueda ser «de presto mártires», y el «soldado», y el «alférez» en tanto que «portaestandarte» representan respectivamente la vida activa y la vida contemplativa, Marta y María.

Es importante precisar tras lo dicho anteriormente sobre poesía y metáfora que ésta es o puede ser muy accesible a todos, pues todos en el habla coloquial recurrimos a comparaciones para hacernos entender. Y el gran filósofo español contemporáneo, a la vez el más profundo y el más asequible, José Ortega y Gasset, empleó abundantemente la metáfora, también la hipérbole, en general las figuras de dición, las expresiones retóricas, que aun cuando sean en cierto modo lenguaje formal resultan muy eficaces como forma intermedia entre él y el lenguaje coloquial. Yo diría que lo más importante de su aportación literaria es que él busca y encuentra un *genus dicendi*, un género de hablar que sea apropiado para aquello que quiere expresar, la filosofía, pero una filosofía viva, que tenga carne y vida, como ha dicho precisamente a propósito de Ortega otro gran filósofo, no tan recordado en España como se debería, García Bacca. El hizo notar que la aportación orteguiana fue sumamente importante porque dio al pensamiento un carácter de acontecer, de expresión en el sentido fuerte, es decir, de modificación del mundo real. Y, en efec-

to, Ortega se propuso hablar, como él mismo dijo, no desde la soledad del cuarto de estudio sino directamente a las gentes. Como se recordará, hay una famosa expresión de Unamuno según la cual a él le gustaban, no los hombres que hablan como libros sino los libros que hablan como hombres. Pues bien, Ortega diría que habla como escribe y que a la vez escribe como habla, o, dicho de otro modo, que lleva a cabo un acercamiento, por no decir una fusión, entre el coloquialismo, es decir, el lenguaje oral y el lenguaje literario.

Veamos ahora con algún detalle cuáles son las aportaciones principales de Ortega, que consisten, como ya dije, en las figuras de dicción. En primer lugar el énfasis, el reforzamiento de la expresión que lleva a cabo mediante la escenificación o la dramatización, la sorpresa o esa otra especie de énfasis que es la exageración. Pensemos que en inglés se dice *emphasis, mine*, cuando alguien subraya algún texto ajeno. En castellano, en cambio, eso se entrecomilla pero no se lo llama énfasis. Poner énfasis en algo es propio del lenguaje hablado, no del escrito y esta figura de dicción que es el énfasis de Ortega nos ayuda a entender ese acercamiento del énfasis al lenguaje escrito.

La hipérbole es tan importante en Ortega que yo he dicho en diversas ocasiones que constituye casi un método de investigación y, sobre todo, dar a conocer aquello que se está investigando. Hay que exagerar para llamar la atención y que las gentes reparen en la importancia de aquello que se está diciendo.

Pero sobre todo lo importante en Ortega es la metáfora. De la metáfora escribió en «Las dos grandes metáforas», en «El tabú y la metáfora», y en el «Ensayo de estética a manera de prólogo». Y continuamente está acudiendo a la metáfora. Veamos algunos ejemplos. Sobre la esperanza: «La sana esperanza parte de la voluntad como la flecha del arco»; «la voluntad dispara la esperanza como el arco dispara la flecha». Hablando de Toiynee: «Hay que correr de arriba a abajo la cremallera de este inglés para procurar ver lo que hay dentro de él». Alguna de sus metáforas muestra bien la *hybris*, la soberbia filosófica orteguiana. En un famoso coloquio entre arquitectos que hubo en Darmstadt, en el que estuvieron presentes también Heidegger y él, se refiere a ambos así: «Sobre el nivel del mar de la discusión entre arquitectos se produjeron dos erupciones filosóficas». Y hay metáforas por decirlo así continuadas como la del «origen deportivo del Estado». En definitiva, la metáfora, como también lo ha dicho García Bacca, es como un modo de aprehender lo que está lejos de la potencia estrictamente intelectual. Es decir, la metáfora viene a robustecer esa idea de Ortega de la razón vital de la razón expuesta en gran parte por la retórica —de acuerdo con las nuevas ideas sobre ésta— en tanto que acercamiento a la realidad y a la audiencia y como el calor a la expresión.

Estos dos insignes ejemplos, el de Santa Teresa y el de Ortega, muestran cómo se pueden acercar al máximo el lenguaje religioso y filosófico al habla coloquial. Pero las diferencias subsisten: no podemos entender *todo* lo que nos quieren decir Santa Teresa y Ortega sin una preparación teológica o filosófica previa a su lectura, preparación que exige el conocimiento también «previo» de sus respectivos lenguajes, su única forma total de expresión. La distancia entre el lenguaje coloquial y el lenguaje formal subsiste siempre. Pero quienes nos dedicamos a cuanto se expresa en lenguaje formal, debemos esforzarnos en hacerlo inteligible, acercándolo al lenguaje coloquial.